

POLITICA AGROPECUARIA Y COMERCIO EXTERIOR

EDITORIAL

El discurso del Ministro de Agricultura y Pesca en la Asamblea de la Federación Rural, y el cambio de opiniones subsiguiente, en que los productores dejaron constancia de su decepción ante lo que consideraron una formulación imprecisa de la orientación de gobierno y en que el Secretario de Estado tachó de confusas las apreciaciones de los productores, han puesto sobre el tapete cuál pudiera ser una idea clara de la política para el sector, capaz de concitar un consenso general. El tránsito hacia ese objetivo podría ser más o menos rápido, dentro de un forzoso gradualismo. El trazado de la senda hacia esa meta podría estar, como la velocidad del trayecto, sujeto a dudas y controversias, pero no sería desdeñable conquista el que el gobierno y los hombres del sector se pusiesen de acuerdo sobre el punto terminal de la política que debe elaborarse y ponerse en práctica.

Las perspectivas de materializar ese consenso nos parecen no demasiado distantes, en virtud de que tanto el Ministro como los dirigentes del sector han manifestado su adhesión a los principios de la economía de mercado, y si una palabra debiera elegirse para describir el sentido general de la política futura, no cabe duda de que todos coincidirían en pronunciar una: liberalización.

Estamos en el Uruguay post-1974. El resultado en la liberalización del mercado de cambios y la eliminación de los controles directos sobre el comercio exterior y los precios han dado resultados tan notables, que nadie ha dejado de verlos si no se ha esforzado por cerrar los ojos. Evidentemente, se trata de extender la "liberalización", los principios de la economía de mercado, de la órbita financiera a la real y, en lo que ahora especialmente nos concierne, al terreno agropecuario. Pero, ¿cómo definir resumidamente ese género de cambio? ¿Y cuáles serían sus principales implicaciones? Concretar un acuerdo nacional sobre estos puntos nos parece una cuestión de crucial importancia en la coyuntura política actual. Y, por lo que ella pueda valer, queremos ofrecer a ese respecto nuestra sugestión.

Una economía de mercado aplicada al agro uruguayo estaría configurada el día en que el gobierno no fijase ninguno de los precios en juego; ni los precios de los productos del agro ni los precios de los insumos de que éste se sirve. Todos ellos serían los precios fijados por los mercados internacionales.

Ello requiere libertad de exportación e importación totales de todos los bienes en juego. Decirle adiós al paternalismo estatal que se cuida de que no falten abastecimientos prohibiendo exportar todo lo que no juzga un "excedente" o "saldo" exportable.

Este ha sido el enemigo N° 1 de los agricultores uruguayos, pese a que éstos casi invariablemente lo han soportado con una pasividad absoluta. Pero los agricultores deben comprender que la liberación de ese flagelo tiene necesariamente un costo, bajo la forma de la competencia externa.

También habrá de abandonarse todo subsidio a los consumidores o a los industriales que procesen materias primas agropecuarias, a cargo de los productores de éstas. Si la comunidad nacional resuelve subsidiar a tal o cual sector del consumo o la industria, tendrá que ser poniendo la carga respectiva sobre los hombros de la propia comunidad en conjunto. A los impuestos y subsidios encubiertos también habrá que decirles adiós.

Y habrá que poner fin, también inevitablemente, a los programas de desarrollo industrial cuyos estímulos se financian con el desestímulo de la producción agropecuaria. Querremos abrir de par en par las puertas a la producción agropecuaria mundial, para que compita con la nuestra y para otorgar así la protección debida a nuestros consumidores y nuestros usuarios industriales. Pero no será justo que lo hagamos en tanto obliguemos a nuestros productores a abastecerse en fuentes de notoria ineficiencia y onerosidad.

Esta sería, en un pantallazo, la visión global de una economía agraria liberalizada. No dudamos que su puesta en práctica tendría que tomar tiempo y plantearía problemas numerosos y difíciles. Pero si los uruguayos nos pusiésemos de acuerdo sobre lo que queremos, esto u otra cosa, ya habríamos dado en dirección a la reconquista de la prosperidad de nuestro sector agropecuario el paso más difícil: el primero. □